de sus leyes y de sus verdades. No ménos conservan los gérmenes de la fé de los patriarcas y de los profetas, sus progenitores: los justos del tiempo antiguo viven moralmente en ellos, de la misma manera que un padre virtuoso vive físicamente en la persona de su hijo degenerado; y así, como segun está profetizado, por las oraciones y méritos de aquellos justos, la sinagoga ha permanecido hasta aquí y jamás perecerá; *Et filii eorum* PROPTER ILLOS *usque in æternum* (Eccle., XLIV); de igual modo, por un resto del espíritu de aquellos santos hombres, que reside aún en la sinagoga, no ha muerto completamente, sino que dormida, espera despertar á una vida enteramente nueva. Y cuando llegue este gran acontecimiento, se verificará precisamente, como sucedió en la resurreccion de la hija de Jairo, el que vuelva el espíritu de los antiguos santos á animar á la sinagoga; *Et reversust est spiritus ejus, et confestim surrexit puella.* Y así, pues, los justos del Antiguo Testamento, esos grandes amigos de Dios, debiendo en cierto modo revivir en la persona de sus últimos descendientes, no han muerto enteramente, supuesto que la muerte de ellos no debe considerarse sino como un largo sueño, *Non est mortua puella, sed dormit,* habiendo sido esta misma muerte preciosa á los ojos de Dios. *Pretiosa in conspectu Domini mors Sanctorum ejus.*

Afanémonos por participar de la misma felicidad, supuesto que ya hemos visto que si nuestra vida es santa, nuestra muerte será preciosa delante de Dios, lo cual vamos todavía á exponer en la historia de la resurreccion de la hija de Jairo, considerándola en el sentido anagógico.

TERCERA PARTE.

LA HIJA DE JAIRO EN EL SENTIDO ANAGÓGICO.

10. ¶Jesucristo, con ocasion de la muerte de esa niña, nos revela que la muerte de los justos no es más que un sueño. Encantos y gracia que encierra esa palabra divina.

Es tal, hermanos mios, la fecundidad de las palabras de los Libros santos, que tienen al mismo tiempo diferentes sentidos, y todos sus sentidos son reales y verdaderos. Así, por estas dulces palabras: "La niña no ha muerto, sino que duerme; *Non est mortua puella, sed dormit,*" quiso el Señor decirnos no solamente que esa criatura afortunada iba á resucitar como un hombre que despierta, sino tambien, que siendo una alma pura y justa, habia muerto como quien se duerme, tratándonos de enseñar por esto, segun San Ambrosio, que el verdadero cristiano no debe temer á la muerte, no solo porque nuestro divino Salvador la santificó, sometiéndose á ella voluntariamente, haciéndola dulce, agradable y dichosa, sino tambien porque una muerte á la cual asiste el Redentor con la gracia de sus sacramentos y con el don de la perseverancia; una muerte en la que el divino Esposo muestra á el alma el decreto de su predestinacion y la

llama al incendio de su amor, cambiando su naturaleza y condicion; todo esto, decimos, más que muerte, no debe reputarse sino como un dulce sueño (1).

En confirmacion de esta misma consoladora verdad, oigamos lo que el Salvador dijo de Lázaro á sus apóstoles: "Lázaro, nuestro buen amigo Lázaro duerme, y yo voy á despertarle de su sueño; *Lazarus amicus noster dormit; et ego vado ut eum excitem a somno* (Joan. XI)." No quiso decir, pues, el Señor, que no hubiera muerto verdaderamente Lázaro, supuesto que hacia cuatro dias que estaba enterrado, sino que diciendo que acababa de morir su amigo, y el amigo de sus discípulos, *amicus noster*, quiso asegurarnos de que la muerte de los verdaderos Lázaros, los amigos de Jesucristo y de su Iglesia, no es más que un sueño.

De aquí nació el lenguaje adoptado por los cristianos, como observa el venerable Beda, de llamar durmientes, *dormientes*, á aquellos que morian en la profesion de la verdadera justicia; y en la confesion de la verdadera fé, y tambien la costumbre de llamar cementerios ó *dormitorios* los lugares adonde los enterraban. San Pablo fué el primero que habló este lenguaje delicioso, cuando dijo: "Si alguno duerme entre vosotros, no lloreis á semejanza de los gentiles, que no tienen esperanza de mejor vida; *De dormientibus ut non contristemini, sicut et cœteri qui spem non habent* (I Thess., IV). Despues de San Pablo, San Lúcas su discípulo, usó de la misma expresion, contándonos en estos términos la muerte del primer mártir que apedrearon los judíos. "Los judíos, dice, apedrearon á Estéban, que oraba diciendo: Señor Jesus, recibe mi espíritu." Y arrodillado exclamó con fuerte voz: "Señor, no les imputes este pecado." Y diciendo esto SE QUEDÓ DORMIDO EN EL SEÑOR; *Et lapidabant Stephanum orantem et dicentem: Domine Jesu, suscipe spiritum meum. Et positis genibus, clamavit voce magna: Domine, ne statuas illis hoc peccatum. Et cum hoc dixisset*, OBDORMIVIT IN DOMINO (Act., VII). ¡Oh! cuánta es la delicia que encierra esta palabra: "se durmió en el Señor!" rebosa en consuelos y en

[1] "Docuit non formidare mortem, quia ipse erat moriturus; mors enim, eo accedente, somnus est [Ambros. in Caten.]."

esperanzas! No moriremos, no; quedaremos dormidos si permanecemos fieles á Dios, porque nuestro divino Maestro dijo: *Non est mortua puella, sed dormit.* Pero tratemos de comprender la idea tan profunda y expresiva, cuanto es deliciosa, de la Sabiduría Encarnada, cuando nos ha dicho que la muerte de sus siervos y santos no es sino sueño.

11. La muerte de los justos es verdadero sueño, porque es sin dolor. Alegría de los justos en su muerte.

El sueño verdadero viene sin dolor; así viene la muerte de los justos. Las enfermedades complicadas que la medicina ni conoce, ni tiene poder para curar y que acaban por una muerte dolorosa, no son comunmente sino la consecuencia de una vida licenciosa y desarreglada, por la agitacion de las pasiones. La vida ordenada, frugal pura y mortificada de los verdaderos cristianos, los pone al abrigo de las enfermedades horribles y de los tormentos atroces, que vienen en el momento de la muerte. La castidad es un cosmético que, embelleciendo el alma, conserva el cuerpo, alarga la vida y le evita grandes sufrimientos y dolores; *Qui abstinens est, adjiciet vitam* (Eccle. XXXVII). Los buenos cristianos generalmente mueren de vejez, fiebres ó consuncion, enfermedades que son poco dolorosas.

Mas cuando para aumentar sus méritos, probar su virtud y purificar su alma, Dios dispone que el justo cuando muere sufra mucho en su cuerpo, entónces el espíritu de penitencia que le ha hecho familiares la mortificacion y el tormento de la carne, la paciencia y la resignacion, con las cuales se ha acostumbrado á tolerar los males de la vida, la creencia de que los sufrimientos presentes evitan los sufrimientos de la eternidad, y por último, el pensamiento de que el Salvador murió sobre la cruz, sufriendo los dolores más espantosos; todos estos motivos reunidos, endulzan de tal suerte toda clase de penas, que casi vienen á no sentirse.

Añadid á esto, como dice San Pablo y nos lo confirma diariamente la experiencia, que Dios es bueno y fiel en cumplir sus promesas, y que no permitirá que las almas,

que le son tan amadas, sean probadas sobre sus fuerzas. Sometiendolas á dolorosas pruebas, les concede los socorros sobrenaturales que le son necesarios, á fin de que puedan soportar esas pruebas con paciencia y con alegria; *Fidelis Deus, qui non patietur vos tentari supra id quod potestis, sed faciet cum tentatione proventun, ut possitis sustinere* (I Cor., X). ¡Ah! la uncion de la gracia, los consuelos espirituales de que Dios inunda al alma en sus últimos momentos, son tan grandes, que hacen deliciosos los mismos sufrimientos del cuerpo! ¿No se ha visto este efecto en los mártires, en esos jóvenes delicados, y aun en los mismos niños, que se regocijan levantando cánticos á Dios en medio de los más espantosos tormentos? San Lorenzo, mientras que se le asaba sobre una parrilla, ¿no decia al tirano: "Ya está asado un lado, volteame del otro. (1)?"

De la santa vírgen Agatha, ¿no se refiere que cuando se le cortaba su seno púdico, decia al verdugo: "¡Como! ¿Tú no tienes horror de cortar á una mujer lo que mamaste á tu madre?" Y ¿no se nos cuenta tambien, que cuando así hablaba la cristiana heróica, marchaba á recibir otros tormentos todavía más espantosos, tan tranquila y gozosa como si caminase á un banquete (2)?

Pero dejemos á un lado á los mártires, á estos verdaderos héroes, prodigios vivos de la gracia y de la fé, y gloriosos testigos de la verdad del cristianismo. Los más humildes servidores de Dios ¿se han quejado jamás en medio de los sufrimientos de la muerte? ¿No, por el contrario, los han tolerado con tal constancia, como si nada sufrieran?

El célebre teólogo Suares, tan grande por la sencillez y pureza de su corazon, como por la elevacion de su inteligencia, ¿no decia en medio de los dolores de su última enfermedad, "Nunca habia creido que fuese tan dulce morir (3)?" De esta suerte es como se cumple el orácu-

1 "B. Laurentius dum in craticula superpositus, ureretur, ad impiisimun tyrannum dixit: Assatum est jam, versa et manduca [In Brev, rom., 10 august.]"

2 B. Agatha dixit ad judicem: Non pudet amputare in fæmina quod in matre suxisti? Et lætissime et glorianter ibat ad carcerem, quasi ad epulas invitata[In Brev. rom., 5 februar.]."

3 "Non putabam tam dulce esse mori [In Vita]."

lo delicioso de los Libros santos: "En las manos de Dios están las almas de los justos, y el dolor de la muerte nunca les ofende; *Justorum animæ in manu Dei sunt; et non tanget illos tormentum mortis* (Sap., III);" de esta suerte es tambien, cómo los justos sufriendo tan poco en su muerte son semejantes á un niño que se duerme; *Non est mortua puella, sed dormit.*

12. *Es tambien la muerte de los justos verdadero sueño, porque es sin repugnancia. Ejemplo heróico de una viuda jóven.*

En segundo lugar, viene el sueño sin repugnancia y sin pesar, y de igual suerte ven venir los cristianos la muerte. Yo no digo que el justo no sienta un cierto temor al aproximarse la muerte, cuando San Pablo decia que era muy grande el amor que el alma tenia al cuerpo para no dejar de tener pena al separarse; y tanto cuanto más ardientemente desee el cielo, con tanta más vehemencia deseará el no ser privada de su cuerpo mortal; *Nolumus expoliari, sed supervestiri, ut quod mortale est absorbeatur a vita*(II Corinth., V). Y por otra parte dice Santo Tomas, que nada es más natural al hombre que la repugnancia á la muerte (1); y San Agustin ya habia hecho observar, que esa repugnancia es un sentimiento verdadero de la naturaleza, y no una preocupacion de la educacion. Porque si no fuese asi, añade el mismo doctor, los mártires al dar su vida por Jesucristo no hubieran contraido mérito alguno ni hubieran adquirido gloria, porque bien visto, ellos no habian sacrificado sino una precocupaion (2). Precisamente por lo mucho que repugna al hombre morir, y por lo mismo que éste es un sentimiento vivo y profundo, es por lo que se adquiere el mérito de la resignacion, conformándose con la voluntad de Dios, que nos pide la vida, ó mejor dicho todavía, que quiere que le demos voluntariamente esta vida que tenemos, para gloria de su santo nombre.

Y esto supuesto, debemos tener como cosa cierta,

1 "Naturale est homini timere mortem."

2 "Timorem mortis non opinio facit sed natura. Alioquin uæna m esset martyrum gloria [De Civ. Dei]."

que esta repugnancia á la muerte no debe tenerse como pecado, sino solo como una imperfeccion, pues Jesucristo quiso experimentar ese temor; y por consiguiente, el cristiano no debe inquietarse al experimentar igual sentimiento. No es ménos cierto que habiendo experimentado Jesus la repugnancia de la muerte, por el mérito de este sentimiento, es por el que el alma fiel obtiene la fuerza necesaria para dominar el temor natural; y desde entónces, dice San Gregorio, la muerte que ha sido la pena de nuestros vicios, se convierte en medio de practicar nuevos actos de virtudes; y lo que en el pecador es castigo, en el justo viene á ser una fuente de merecimientos (1). Todo lo dicho consuela, sublima y recompensa al justo de tal modo, que cuando muere no siente ya la repugnancia, ó si la siente, puede decirse que es ya cuando el alma está fuera de las puertas de la vida; sin que el temor de la parte sensitiva atenúe sus sentimientos espirituales, y sin que al rozarse el alma con el cuerpo, si puede hablarse de esta suerte, se conturbe el mismo espíritu.

En cuanto al mundo, habiéndolo atravesado sin amarlo, el alma del justo le abandona con indiferencia: no habiendo estado apegado á los bienes de la tierra, se despoja de ellos sin pesar: habiendo amado á sus parientes y demas objetos en Dios y por Dios, no experimenta grande pena al separarse de ellos, segun que en todo mira á Dios. Ved á alguna jóven cristiana al morir en la flor de su edad, cuando todo le sonrie. No experimenta otra pena que la de dejar á su madre en el desamparo, y preocupada con esta idea, parece que nada sufre en sí misma, y dice á sus amigas: "Os recomiendo á mi madre; consoladla:" y ella misma trata de mitigar el dolor de la madre, asegurándola de su resignacion, de su tranquilidad y de la gloria que va á disfrutar. Yo ví morir á una jóven viuda verdaderamente cristiana, dejando tres pequeñitos hijos: "Me causan pena, decia; ¡pobres criaturas, doblemente huérfanas! Despues de haber perdido á su padre, hoy van á perder

1 "Ipsa pœna vitiorum transit in arma virtutem: fit Justi meritum supplicium peccatoris."

á su madre! pero Dios así lo quiere; hágase su voluntad! Su Majestad cuidará con más eficacia de ellos: el Padre celestial será padre de ellos, y nada habrán perdido en el cambio. Con más razon podrán llamar á Jesucristo "Padre nuestro" y á la Santísima Virgen "Madre nuestra." Por otra parte, yo no podria educarlos debidamente; otros desempeñaran este oficio mejor que yo. En el cielo les seré más útil que sobre la tierra (1)." De este modo es como el alma fiel, domeñando por la fuerza de la gracia los sentimientos de la naturaleza, sin repugnancia aparta sus miradas de una vida pasada sin remordimientos, y muere con la misma tranquilidad con que se quedaba dormida; *Non est mortua puella, sed dormit.*

13. Tercera circunstancia de la muerte del justo: La paz del sueño.

En tercer lugar, así como el sueño es el reposo del cuerpo, la muerte del justo es el reposo del alma.

Los pecadores, segun la palabra profunda de los Libros santos, son "hombres dormidos," á causa del entero olvido en que viven de Dios, del alma y de la eternidad, y á causa de la horrible seguridad que los tiene neciamente dormidos en sus pecados; *Dormierunt somnum suum viri divitiarum* (Psal. LXXV). Pero los justos, por el contrario, fieles á la advertencia que Jesucristo les hace á cada página de su Evangelio, de velar siempre, y de siempre estar prevenidos contra los asaltos de la muerte, vigilan constantemente sobre todos sus pensamientos, movimientos y operaciones, á fin de no excusar nada de los deberes que les impone la ley de Dios. Los justos siempre en accion, siempre en trabajos, siempre en penas para conseguir su salvacion, nunca se acuerdan de buscar el reposo y su corporal

1 La fe y confianza en Dios de esta cristiana, no quedaron burladas Los tres niños, despues de la muerte de la madre, se hicieron santos. El mayor es actualmente sacerdote; la mujer mayor es religiosa, y la menor edifica al mundo por su piedad, no habiendo podido á causa de la debilidad de su salud, permanecer en el convento.

tranquilidad. Son aquellos fieles siervos de quienes Jesucristo ha dicho que son mil veces felices, porque siempre están en vela, esperando á su divino Maestro; *Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes* (Luc., XII).

Pero viene la muerte para los buenos como para los malos, y he aquí cómo cambian de condicion. El pecador que no hizo sino dormir toda su vida, despierta, dice la Santa Escritura, en el terrible momento de la muerte. Pero, ¡qué triste y desconsolador es el despertar del malvado! Nadie sabria decir el temor que sobrecoge á su espíritu, y la tempestad que se levanta en su corazon. ¡Oh! qué aflictivo es ver entónces la figura que se agita abriendo los ojos, restregándose el cuerpo, buscando con impaciencia y con un empeño que no puede ocultar, el tiempo que se le escapa, la gracia que se le aleja y la esperanza que le abandona, buscando alguna cosa esencial que al presente le falta y que no puede encontrar; *Nihil invenerunt in manibus suis* (Psal., LXXV).

El justo por el contrario, habiendo trabajado y velado toda su vida, al acercarse la muerte no hace otra cosa que reclinarse y quedarse dormido. Una voz del cielo se hizo oir á S. Juan en el Apocalipsis: "¡Dichosos los que mueren en el Señor!" Sí, dice el Espíritu de Dios, porque es el tiempo de descansar de los trabajos; *Et audivi vocem de cœlo, dicentem mihi: Beati mortui, qui in Domino moriuntur. Amodo, dicit Spiritus, ut requiescant á laboribus suis* (Apoc. XIV. 13)." Antes de que esta misteriosa voz se hubiese hecho oir al apóstol San Juan, el Rey-profeta habia puesto en la boca del justo, llegando al término de su vida, estas palabras: "Quedaréme dormido en paz en los brazos de mi Dios; *In pace in idipsum dormian et requiescam* (Psal., IV)." y el autor del libro de la Sabiduría habia dicho á su vez: "Los justos á los ojos de los insensatos parecen morir como los demas hombres, pero ellos verdaderamente quedan dormidos en paz; *Visi sunt oculis insipientium mori; illi autem sunt in pace* (Sap., III)."

Cierto es, que la verdadera Jerusalem (palabra que significa vision de paz) no es sino el cielo, y que solo en

él, siguiendo la profecía, se encuentra el verdadero asiento del alma fiel, allí en el seno de las delicias de la paz; *Sedebit populus meus in pulchritudine pacis* (Isa., XXXII), y que la Iglesia cantándole al cristiano que acaba de morir, el himno de la paz, y dirigiéndole y augurándole las bendiciones de la misma paz, no se refiere á otra cosa que al cielo, y no le desea otro descanso, que el que encontrar pueda en el Paraiso celestial; *In pace sit locus ejus. Requiescat in pace* (Offic. Defunctor.); pero tambien es igualmente cierto, que en el lecho de la muerte comienzan los misterios del cielo para el justo, así como los del infierno para el pecador. ¡Ah! esa frente abatida, esas miradas zahareñas, esa figura del todo trastornada, indican los pensamientos funestos, que el espíritu consternado del pecador devora en sus últimos momentos! ¡Cuántas aprehensiones le agitan, cuántos remordimientos le carcomen, que tristeza tan profunda le consume! todo esto no es sino el principio del castigo que le espera en el infierno. De igual modo, la tranquilidad del espíritu del justo al morir, la paz de su corazon, la calma de su conciencia, se manifiestan por la dulzura de su mirada y la serenidad de su semblante, que vienen á ser como la aurora del dia de la recompensa, que va á rayar para él en el cielo. Por lo que á mí me toca, os puedo asegurar, que habiendo tenido la felicidad de asistir á semejantes muertos, ménos que hombres agobiados por el peso de la enfermedad, hanme parecido hombres que ceden, cerrando sus ojos, á la fatiga del sueño; y me he acordado de la consoladora palabra del Señor: "La niña no está muerta, sino que duerme; *Non est mortua puella; sed dormit.*"

14. *Cuarta circunstancia de la muerte del justo: La seguridad del sueño. El pecador tiembla y el justo espera en la muerte. Razones de esta diferencia. Descripcion de los últimos momentos de la vida de los justos.*

Cuando uno se duerme, ni teme ni sufre. Esta es, pues, otra de las circunstancias de la muerte del justo.

Durante la vida, el hombre entregado al desórden y